



# Carta del Hermano Superior

8 de diciembre de 1983

UNIVERSIDAD DE LA SOLE  
BIBLIOTECA P. T.

CASA GENERALIZIA  
dei Fratelli delle Scuole Cristiane  
Via Aurelia, 476 - C.P. 9099  
I - 00100, ROMA, Italia

8 de diciembre de 1983

Hermano:

« ¡Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo! ». Este saludo del Apóstol, que condensa todo un mensaje de esperanza y de optimismo cristiano, me parece el más indicado para iniciar mi carta, como él acostumbraba a comenzar las suyas... ¡Paz! Shalom! se repiten en este tiempo millones de hombres atemorizados y, en tantos casos, directamente torturados por la guerra. « *La paz nace de un corazón nuevo* », nos dice el lema de la Jornada de la Paz — el 1º de año de 1984 —, con referencia diáfana a las condiciones de una verdadera reconciliación analizadas en el reciente Sínodo.

La paz resulta sumamente frágil, de hecho prácticamente imposible en su sentido total y profundo, sin la gracia de Dios. Paz, Hermano, y gracia que nos la asegure. « De parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo ». Su venida, clave y anuncio de la paz en la tierra, motiva nuestro gozo en estos días finales del año y alumbrá luces de esperanza para el año que va a empezar.

Saludo y mensaje de paz quiere ser esta carta, que es cita anual de familia para decirnos sencilla y llanamente algunas noticias e informaciones, algunas observaciones y algunos hechos que atañen a la misma trama de nuestra historia común.

El recuento brevísimo de estos sucesos destacados de la misma historia no puede pretender ser relato circunstanciado — ¡menos aún análisis completo! — de los hechos aludidos. Más bien presenta un índice apretado de éstos, en cuanto significan cierta evolución o tendencia en nuestra marcha común, o porque reflejan situaciones que merecen particular atención y estudio. La obligada brevedad de estas referencias no sea nunca interpretada como conocimiento o descripción harto superficiales y menos aún como desconocimiento de otros varios elementos que hacen la realidad mucho más compleja. Con quienes están más directamente implicados en tales situaciones, o son protagonistas de las mismas, encontramos ocasiones distintas y cauces más amplios de comunicación para buscar las soluciones más adecuadas a los problemas que dichos casos presentan... Aquí se impone una sobriedad que no permite abundar en otros interesantes por menores.

\* \* \*

Vamos, pues, con nuestra rápida ojeada sobre la segunda mitad del año que se nos va.

1. Aludiré en primer lugar a un proceso en fase inicial que comienza a tomar un ritmo más vivo. Y me refiero a la **preparación del Capítulo General**.

Las notas redactadas sobre los textos actuales de nuestras Reglas, en respuesta a la « *amplia y libre consulta de los religiosos* » que con « *Ecclesiae Sanctae* » pedíamos en la circular 416, han llegado con notable puntualidad y universalidad. Nos han venido de 65 distritos y delegaciones: su valor parece bastante desigual y las opiniones

reflejadas en ellas traducen no poca diversidad, como es lógico en una consulta abierta a todos sectores del Instituto. Tal diversidad hará a veces difícil encontrar una exacta compatibilidad de opciones, pero es indudablemente riqueza y reflejo de una realidad que nos interesa analizar y orientar.

El grupo de trabajo constituido en Roma de acuerdo con el plan propuesto (cf. mi carta del 15 de mayo, p. 11) ha clasificado ya todo el material recibido y se dispone a elaborar algunas conclusiones e incorporar algunos análisis provisionales. Pero el trabajo principal habrá de ser hecho, a la vista de tales notas y mediante una elaboración mucho más completa y sintética, por la Comisión Internacional anunciada, a partir del verano de 1984 (Tercera Fase del plan esbozado en la circular 416).

En los próximos meses se designarán los Hermanos que han de integrar las Comisiones Preparatoria del Capítulo y Redactora del texto de la Regla que ha de ser presentado al Capítulo y examinado por el mismo.

2. El 10 de junio dirigí una invitación y un ruego a los distritos cuya situación económica lo permitía, para que contribuyeran espontánea y generosamente a sufragar el presupuesto extraordinario calculado para hacer frente a las obras de remodelación de algunos servicios y de reparaciones mayores en la casa generalicia. Se veía necesario emprender estas obras de una vez, al llegar los 50 años de la construcción del vasto inmueble, para reparar daños sufridos con el tiempo y mejorar el rendimiento y la economía en algunas instalaciones como, por ejemplo, la calefacción del C.I.L., instalación eléctrica, etc.

Se trataba de emprender y realizar de una vez lo que escalonado en una serie de años habría aumentado los gastos y ocasionado perturbaciones y molestias.

Quiero aquí hacer constar para todo el Instituto que la sugerencia ha recibido una ejemplar acogida: con las sumas recibidas o prometidas, sea en don o en préstamos muy favorables, han podido ya comenzarse los trabajos y se espera concluirlos en el plazo previsto de un año. Ni han faltado, por parte de otros, consejos o sugerencias de orden extrafinanciero, que consideramos interesantes y que agradecemos también cordialmente. Nuestra fraternidad a escala mundial ha recibido así una nueva expresión y ha reafirmado su consistencia.

3. Viniendo a las **visitas y acontecimientos externos a la casa generalicia** señalaré dos series de visitas realizadas en estos meses: el recorrido que hice con el Hermano Pedro Ruedell por los distritos del cono sur de América Latina (Argentina, Paraguay, Chile, Perú, Bolivia y Brasil) durante los meses de julio y agosto; y la visita a los distritos y delegaciones del Medio Oriente (Grecia, Turquía, Israel, Jordania, Líbano y Egipto) realizada por el Hermano Vicario en compañía de los Hermanos Pedro Ruedell y Vincent Rabe-mahafaly.

Con el primero de estos dos viajes, he comenzado yo un segundo recorrido del Instituto, más sobrio en fechas y en contactos externos, para detectar mejor el momento actual y evaluar « in situ » la marcha de ciertos procesos importantes.

¿Qué podré citar como destacable en una visión conjunta de aquellos países sudamericanos?

- Una atención a la pastoral vocacional llevada con más fe y entusiasmo y ,generalmente, con mejores resultados. Puedo aludir, y sólo como ejemplos, a Bolivia, donde encontramos un grupo de catorce novicios, número muy superior al registrado en todos los años pasados, o São Paulo, donde 5 postulantes, 3 novicios y 5 escolásticos apuntan una continuada recuperación de un distrito que conoció no hace muchos años una crisis muy seria y una carencia casi total de candidatos.

- Una apertura de la acción de los Hermanos a apostolados diversificados sin mengua de una atención prioritaria a la actividad directamente escolar, pero acercando ésta más a las necesidades nuevas y urgentes en el campo de la promoción educativa.

Especial mención merece en este campo nuestra participación en la bendición de una nueva y más potente antena para la Radio San Gabriel, la emisora de la Iglesia y de los indios aymaras en La Paz. Fue una ocasión señalada para dedicar una buena mirada retrospectiva al desarrollo de una acción ejemplar educativa en favor de aquellos millones de indígenas y para firmar oficialmente un compromiso de mayor responsabilización por parte nuestra en tal acción social y evangelizadora. Interesa notar que, al mismo tiempo, se enjuiciaba con particular aprecio la influencia positiva ejercida en la Universidad Católica de la misma capital con una mínima inversión en personal nuestro, y se estudiaban las posibilidades de un más decisivo compromiso por parte de nuestros Hermanos para garantizar a tal nivel superior la mejor orientación, a la vez que la formación académica seria, de una juventud llena de entusiasmo y de promesas.

Otro ejemplo podemos aducir de la acción misionera y promocional de los nuestros en la inmensa e indigente Amazonia. Con realizaciones de diverso tipo (Abaetetuba, Turiaçu, Altamira, Manaus), que quieren responder a necesidades de varia índole en un plan total de evangelización y de elevación moral y material de aquellas gentes. Con su entrega generosa, diferentes grupos de Hermanos venidos del sur del Brasil tratan allí de dar cada vez una mayor autenticidad y eficiencia a su trabajo y de superar las tensiones que, como signo de vida y de apasionado interés en su intento, surgen al analizar desde diversos ángulos los varios planos de acción. Trabajo de inserción en un mundo necesitado de todo, animación de sistemas escolares que deben orientarse mejor, atención a una juventud que, dotada de más medios materiales, sufre de un gran vacío de formación moral... ¡Interesante esfuerzo misionero en un mundo nuevo de grandes indigencias y problemas!

• Un desarrollo impresionante en la animación de las asociaciones lasallistas, sobre todo en Argentina. La experiencia vivida con los Hermanos y los asociados de distintos grupos en Buenos Aires, al participar en el I Congreso Nacional Lasallista, fue realmente extraordinaria. Nos fue dado el comprobar a qué nivel de entrega y de sentido lasalliano pueden llegar individuos y grupos de adultos y jóvenes, profesores, exalumnos, padres de familia y otros simpatizantes cuando encuentran Hermanos hondamente movidos por la inspiración de La Salle y ganosos de comunicarla a los demás.

Sólo son ejemplos aislados, pero significativos, de realidades mucho más extensas. Van estos distritos integrados por personal en buena pro-

porción joven, con medias de edad mucho más bajas que las usuales en distritos de vieja historia. Se ven enfrentados con inmensas tareas en que la Iglesia está llamada a desempeñar un decisivo y delicado protagonismo. Nos ofrecen signos de esperanza confortantes, sin que falten sombras preocupantes en el cuadro. Son halagüeños los resultados de la pastoral vocacional, pero van rezagados en cotejo con los logrados por otras familias religiosas y por los seminarios diocesanos, con tener nosotros siempre la ventaja de actuar tan cerca de esa juventud en la que mejor puede prender la llama de la vocación. La desproporción entre el número de Hermanos y las exigencias de personal de nuestras instituciones y de nuestros proyectos apostólicos y sociales es con frecuencia excesiva y peligrosa, aun contando con la excelente colaboración de tantos buenos seglares. Las estructuras de formación no llegan a contar frecuentemente con suficiente personal ni con bastantes facilidades y medios adecuados para responder adecuadamente de tan fundamental cometido...

Hemos podido examinar despacio éstos y otros elementos de la realidad observada con los responsables de los distritos. Y volveremos a contar con una ocasión privilegiada para hacerlo en la reunión del Consejo General con la Conferencia de Visitadores de toda la América Latina, en Guadalajara (Méjico), al comienzo del mes de agosto.

4. La visita en el Oriente Medio a las comunidades que trabajan en Grecia, Turquía, Israel, Jordania, Líbano y Egipto permitió al Hermano Vicario y a los Hermanos Consejeros Pedro y Vincent apreciar mejor la acción de nuestros Hermanos al servicio de las minorías cristianas en los

países citados y su positiva contribución a un mejor entendimiento entre los creyentes de diversas confesiones o religiones.

En **Grecia** sólo se cuentan 45.000 católicos entre los 9.000.000 que la pueblan. Veinte Hermanos cooperan allí a preparar unas mejores relaciones ecuménicas en cuatro ciudades: El Pireo, Tesalónica, Siros y Rodas. Su inserción en las iniciativas de animación de la juventud cristiana es mayor hoy día. Casi todos los Hermanos son griegos, pero en estos años últimos encuentran mayor dificultad en hallar las vocaciones necesarias. Con todo, su empeño en lograrlas no ha disminuído, por lo que merecen nuestra felicitación y un éxito que cordialmente les deseamos.

En **Turquía** sólo un 0,04% de la población es cristiana. Los doce Hermanos que, distribuídos en dos comunidades, dirigen tres colegios deben aceptar los alumnos que les atribuye el gobierno, resultando así que son contados los cristianos entre ellos. Pero nuestras instituciones llegan a ser signo visible de la presencia y de la atención de la Iglesia en la obra de promoción humana y para el fomento de los verdaderos valores morales. El desinteresado esfuerzo de los nuestros mejora las relaciones entre cristianos y musulmanes y algunos Hermanos añaden a sus atenciones académicas la animación de la exigua comunidad cristiana. Nuestros consejeros han percibido aún más claramente la importancia de esa presencia abnegada y modesta de nuestros Hermanos en el seno de la cultura turca.

Lo más llamativo al visitar nuestras comunidades de **Tierra Santa** es la rica variedad de apostolados educativos que allí ha emprendido un número limitado de Hermanos (31): una escuela

de reeducación en Nazaret, un colegio para cristianos, musulmanes y judíos en Jaffa, colegios de vario grado para musulmanes y cristianos en Jerusalén y Belén, así como en Amán (Jordania), la universidad para los palestinos, cristianos y musulmanes, en Belén. Puede suponerse fácilmente la tensión en que frecuentemente han de trabajar en aquel ambiente tan agitado por guerras y conflictos de pueblos y religiones. Pese a todo, los Hermanos saben prodigar su acción y su influencia en favor de la paz y de estas poblaciones tan probadas.

El **Libano** ocupa las columnas de los periódicos con sus trágicas crónicas de guerra y destrucción. Nuestros consejeros pudieron sentir de cerca el estrépito de los bombardeos y de las explosiones durante la visita y darse así cuenta un poco mejor de los peligros y de las tensiones en que trabajan los 40 Hermanos que allí viven. Los Hermanos educan a la juventud cristiana y musulmana, pero el contingente de ésta es ahora mucho menor debido a los actuales conflictos. El trabajo de la educación inspirada en los valores evangélicos en ocho colegios y escuelas es ahora, tal vez, uno de los medios más eficaces para preparar una mejor convivencia y corregir los efectos fatales de tantos años de combates, venganzas y recíprocas insidias, que tanto ahondan el abismo de división entre los libaneses. Esperamos y pedimos que los jóvenes que en número tan elevado llenan las clases de los Hermanos y de sus numerosos y entusiastas colaboradores perciban mejor la urgencia de nuestra labor y acudan en número más apreciable a nuestro noviciado, asegurando la continuación de una obra que excede tanto con sus exigencias las posibilidades de nuestros limitados efectivos.

En **Egipto** son treinta los Hermanos que se dan a la educación de musulmanes, ortodoxos y católicos en seis colegios y escuelas. Llevan a cabo un impresionante esfuerzo por adecuar cada vez mejor su apostolado a las necesidades actuales y urgentes del país, en buen acuerdo con las orientaciones del Instituto y con las sugerencias de los responsables locales de la acción social y evangelizadora de la Iglesia. Han incrementado sus iniciativas al servicio de la población pobre y estudian nuevos proyectos en tal sentido. Hace sólo unas semanas hacía su primera profesión el primer novicio egipcio después de muchos años en que no se lograba asegurar entre nosotros ninguna vocación oriunda. Una luz de esperanza alumbraba el camino de una pastoral vocacional llevada inteligente y amorosamente.

Al concluir esta visita, los Hermanos consejeros han vuelto a Roma convencidos más que nunca de la importancia vital de nuestra presencia en esta región mediterránea. Asistir a minorías cristianas necesitadas de aliento y apoyo, incrementar las buenas relaciones entre cristianos y creyentes de otras religiones, sembrar concordia y paz, hacerlas posibles ...Mostrar así con evidencia el amor de Cristo y de su Iglesia, abnegado y abierto a todos como realidad actuante y fecunda en toda clase de buenas obras.

Mientras se desarrolla una bien pensada pastoral entre la juventud de estos países y se abren más amplias posibilidades y un interés mayor por incorporarse a nuestro Instituto en número más considerable, sigue urgente la necesidad de que Hermanos con sensibilidad y formación misionera acudan a colaborar en áreas tan necesitadas. Estoy sumamente agradecido a los que ya se han ofrecido en diversas ocasiones como voluntarios

para tal misión y espero confiadamente que no les faltarán imitadores. Un compromiso misionero en el Oriente Medio debe aún ser considerado como una de las prioridades evangelizadoras del Instituto hoy.

5. Inmediatamente después de mi visita a los distritos latinoamericanos me trasladé a Dapaong, Togo, para reunirme con los Hermanos convocados al **Simposio Misionero**, anunciado ya en mi carta del 8 de diciembre de 1981 (página 60) y que SECOLI había preparado y organizado en los meses anteriores. Se trataba de analizar nuestra cooperación misionera, particularmente en Africa, y los miembros designados para este trabajo habían sido designados para representar los distritos africanos y los secretariados misioneros regionales.

Se tuvo el encuentro los días 15 al 20 de agosto. Los acontecimientos ocurridos la semana anterior en el Alto Volta provocaron el cierre temporal del aeropuerto de Uagadugú, donde debían converger los Hermanos convocados para de allí trasladarse a Dapaong (al norte del Togo). Si tal contratiempo complicó no poco los planes y resultó a última hora sumamente difícil establecer los necesarios contactos con los grupos dispersos, conseguimos no obstante esto comenzar la reunión con poco retraso. Toda aquella complicación e incertidumbre de algunas fechas venía a ser como un signo de la precariedad en que deben actuar hoy en día tantos animosos misioneros, por tantas emergencias como sorprenden y condicionan nuestra acción en muchas regiones...

Cada distrito ha recibido un informe sucinto de los temas tratados y de las conclusiones adoptadas. Según lo que anuncié en la carta cita-

da, tendremos ocasión de organizar otra reunión en Asia, durante el año 1985, para apreciar aún más exactamente nuestro servicio misionero y preparar algunas orientaciones fundamentales, con miras al Capítulo General. Orientaciones y criterios que quisieran recoger lo mejor posible las experiencias adquiridas y los resultados mejores de la reflexión actual sobre la acción misionera.

6. Creo que es también muy digno de cita el Congreso, o mejor, los Congresos de Jóvenes Lasalianos de Malta y Caracas. Al primero, que se desarrolló en los días 16 a 23 de agosto y al que acudieron 120 jóvenes de 13 naciones, pude acudir para su conclusión. En el Congreso de Caracas, del 19 al 23 de septiembre, tomaron parte 125 jóvenes de seis países latinoamericanos. Estas reuniones van resultando un buen medio de expresión y de participación de una inquietud y de un interés más profundo, entre no pocos jóvenes exalumnos y amigos de La Salle, por comprender mejor lo que es y representa La Salle y los elementos que integran su espiritualidad característica. Buscan encontrar en ésta un sentido y una motivación más íntimos para animar y sostener su compromiso cristiano, humanizador y social.

Interesante inquietud ésta, de una juventud que crece y se forma y estudia sus planes y proyectos en torno a nosotros, que cuenta con nuestra orientación y consejo. Sería triste y empobrecedor el que la ignoráramos prácticamente. El problema de la pastoral vocacional queda íntimamente ligado a la atención que de nosotros reciben estos movimientos. Esperamos que el VIII Congreso Mundial La Salle, que en julio del 84 nos reunirá en México, ayudará a dar nueva luz y

nuevo entusiasmo a jóvenes y adultos que piensan en La Salle y aprecian su mensaje como un medio de estimular y vivir la FE, el SERVICIO y la FRATERNIDAD, entendidos como valores típicos lasalianos. Los buenos informes que nos llegan de su preparación justifican nuestra esperanza.

1984 nos brinda sus enigmas y reclama nuestras previsiones... Entre éstas, destacaré sólo algunas que entresaco de nuestra agenda universal.

Durante estos próximos meses tendremos en Roma una nutrida serie de reuniones del Consejo General con los responsables de las diversas regiones: Asia-Australia, Irlanda-Inglaterra e Italia durante el mes de marzo. España, Estados Unidos-Toronto y región mediterránea en mayo; América Latina en agosto. Esta última reunión se tendrá en Méjico, después del Congreso Mundial Lasaliano.

El Congreso Mundial, al que ya he hecho breve alusión en la serie de iniciativas de nuestros movimientos seculares, tendrá un relieve especial en nuestro calendario interregional.

Y nuestras publicaciones, « Boletín », « Lasaliana » y « Documentos y Testimonios » seguirán ofreciendo a todos las reflexiones fundamentales y las realizaciones más significativas en torno a nuestra vida actual y a la preparación del Capítulo General.

Al referirme así a las publicaciones que difunden y afinan el conocimiento del Fundador y de su legado espiritual, se me ofrece ocasión de rendir un tributo sincero de pública gratitud y admiración, en nombre de todo el Instituto, al **Hermano León María Aroz**. Su trabajo de investigación y de búsqueda incansable de documentos

concernientes a nuestro Padre y a la fundación del Instituto ha sido extraordinario: ha permitido un acopio inapreciable de material que ha alimentado y sigue alimentando nuestras más serias y responsables publicaciones lasalianas. Particularmente, un buen número de los « Cahiers Lasaliens », crecientemente estimados por su valor documental y su utilidad práctica. Ahora que se retira de su meritísimo empeño para un bien ganado descanso, me complace decirle en nombre de todos nuestro reiterado « gracias ». Hermano León Aroz: Su servicio ejemplar nos honra y nos admira profundamente. Merced a ese admirable esfuerzo y a su concienzuda profesionalidad hemos podido crecer en un conocimiento de nuestros orígenes y de nuestra espiritualidad, que ayuda poderosamente a nuestra renovación y a la mejor definición de nuestra identidad.

## EN TORNO AL SINODO

### *Un acontecimiento extraordinario*

Entre los acontecimientos de estos últimos meses destaca uno que, en mi opinión, reclama atenta reflexión y cuidadoso examen por parte nuestra. Me refiero al « Sínodo sobre la Penitencia y la Reconciliación en la misión de la Iglesia ». Acontecimiento eclesial, que lo es igualmente para el Instituto: Iglesia e Instituto son, en efecto, realidades íntimamente unidas en nuestro cuadro de valores.

Cuando San Juan Bautista de La Salle se refiere a la misión por él propuesta a sus discípulos, la describe a menudo con rasgos tan sobrios como vigorosos. Como cuando nos dice, por ejemplo, en su meditación 199 (2º): « Decid que para eso os

envía Jesucristo, para anunciar la Buena Nueva; y que para esto os emplea la Iglesia, de la que sois ministros ».

« Ministros de la Iglesia » somos en lenguaje lasaliano; como tales, nos sentimos invitados a interesarnos vitalmente en un suceso de tal importancia como es un Sínodo. No podemos admitir que deje de incidir fuertemente en nuestras preocupaciones evangelizadoras, de « anunciadores de la Buena Nueva ». A pesar de esto, no es meramente imaginario el peligro de que por una negligencia más o menos consciente, se nos quede tal asamblea en simple hecho de crónica. Conviene, pues, que cada uno de nosotros se proponga seriamente la pregunta: ¿Qué eco real ha tenido el Sínodo del 1983 en mí, en mi vida personal y en mis planes de actuación evangelizadora?

### *Importante ya en su misma preparación*

Ya la preparación de un Sínodo es ocasión privilegiada para ahondar y afinar conceptos en relación con el tema principal propuesto. Al despertarse la conciencia eclesial y centrarse el trabajo de tantos responsables y expertos sobre un mismo problema, que se reputa como particularmente importante, se nos ofrece ya antes de la misma asamblea sinodal un acopio considerable de doctrina, independientemente de las novedades que luego puedan presentarse como resultado de la misma. ¿En qué medida creemos habernos beneficiado de tales riquezas? Y, ¿hasta qué punto hemos llegado a contribuir en algún modo nosotros, con participación efectiva aunque modesta, a tales estudios?

Una primera reacción al conocerse el tema

general del VI Sínodo pudo ser la de considerarlo extraño a nuestros primordiales intereses prácticos. ¡Se iba a tratar de la confesión! ...Un problema que parecía tocarnos sólo accidentalmente. Pero tal estimación no correspondía exactamente a la amplitud y riqueza del tema propuesto. Más tarde, la discusión y el análisis del documento de trabajo profundizó sus varios aspectos; y en las mismas sesiones sinodales se pudo apreciar mejor cómo penitencia y reconciliación, paz, justicia y verdadera fraternidad, reconciliación verdadera con Dios y con nuestros semejantes constituían elementos esenciales, de gran actualidad, en la misión de la Iglesia, e implicaban serios y urgentes deberes que nos concernían muy de cerca en el mundo de violencia en que vivimos. El mensaje final del Sínodo, dentro de su obligada concisión, se hacía eco de los gritos de ansiedad que se elevan hoy del corazón de los hombres.

#### *En la Iglesia, una conciencia renovada de su misión*

La reflexiones y lecciones del VI Sínodo han dado nueva luz a la misión que corresponde a la Iglesia de invitar instantemente a todos para que crean en la Buena Nueva y de emplear todas sus energías y recursos en fraguar una sociedad verdaderamente fraterna. A la Iglesia le compete promover la unidad y la reconciliación y ayudar eficazmente a superar enemistades y violencias con la justicia, el perdón y la misericordia.

El Sínodo ha logrado y ha significado a la vez una unanimidad compacta en la profesión y en la proclamación de estos principios fundamentales. Ha procurado y ha reafirmado una unidad interna, premisa necesaria para poder intentar la

reconciliación entre los hombres: sólo una Iglesia reconciliada es creíble como factor reconciliante en el mundo.

#### *Una misión que nos urge particularmente*

Como religiosos, nos hemos sentido interpelados singularmente: debemos asegurar un mejor testimonio de comunión y reconciliación en la vida y en las actividades de nuestras comunidades. En cuanto profesamos una consagración peculiar a Dios y a su servicio, nos toca más de cerca aquello que decía, por ejemplo, la conferencia episcopal de Suiza a las comunidades cristianas: sólo merecerán ser creídas en la medida en que se muestren abiertas a la reconciliación. En cuanto se esfuerzan en aceptar y comprender mejor al prójimo, busquen una paz profundamente enraizada en la verdadera justicia, sepan perdonar amplia y repetidamente y busquen sinceramente la reconciliación con Dios. Es en el proceso de esta última reconciliación fundamental donde se coloca el recurso al sacramento de la penitencia, mejor entendido y regularmente frecuentado.

Como educadores, se nos invita con mayor insistencia a educar para la paz, a formar para la convivencia, a preparar una generación en la que los valores de paz, perdón y justicia garanticen una fraternidad más real entre los hombres. El mensaje de la jornada de la paz (1 de enero de 1983) nos llama a cambiar ciertas actitudes menos adecuadas, en la didáctica y en la organización escolar. Que las lecciones de historia no se centren, como tema permanente y no justamente analizado, en las guerras. Que la dinámica de la emulación y de los valores admitidos en la

clase anime más a colaborar que a competir... Duele profundamente y preocupa mucho el ver las imágenes que nos llegan en diversas revistas, de jóvenes de ambos sexos entrenados sistemáticamente para la guerra, las informaciones sobre pueblos en que la juventud no ha llegado a conocer qué cosa sea la paz.

El Sínodo habla, pues, muy concretamente a nuestra misión específica dentro de la Iglesia, no asigna una participación en el ministerio de la reconciliación. Conviene que nos detengamos un poco a analizar algunas de sus implicaciones.

#### 1. *En nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios* (2 Cor. 5:20)

Tratemos de estudiar con más cuidado las relaciones que nos unen con el Señor. No con mentalidad casuística y legalista, sino con amor filial, que se muestra muy atento a corregir cuanto nos aleja de El o nos sitúa en posición dudosa para con El.

Pecado y penitencia son temas sobre los que La Salle vuelve con insistencia en sus meditaciones. Y cuando aparece en ellas la palabra « reconciliación » es en referencia a la reconciliación con el Señor, y en términos paulinos.

El Sínodo ha estudiado el pecado con la atención que correspondía al tema central de sus trabajos y con la que pide la crisis actual del « sentido del pecado » en el mundo. Se ignora fácilmente su entidad y su existencia, pero por otra parte, como dijo el cardenal Etchegaray, existe una sensación de culpabilidad « difusa y patológica », capaz de hundir al hombre en el mal mientras quiere liberarse de su propia condena inte-

rior. Se ha ventilado la distinción entre pecados personales y estructurales, requiriéndose nuestra atención sobre la responsabilidad que contraemos al vernos insertos en estructuras injustas, « de pecado ». Sin rebajar en nada la responsabilidad individual definitiva. Porque, decía el cardenal Höffner, « es el hombre quien peca, no las estructuras ».

Resulta evidente que hemos de revisar y poner al día nuestras nociones morales y asegurarnos una conciencia sana e ilustrada, como luz que ha de guiar nuestro itinerario hacia Dios y corregir en él las posibles desviaciones. Nos puede concernir en algún modo el juicio de uno de los grupos lingüísticos que calificaba de « pariente pobre » de la renovación conciliar a la teología moral... Y nunca podemos echar en olvido que nuestra condición de catequistas por vocación nos pide ser expertos guías que « en cuanto notan en sus alumnos una conducta que puede ofender a Dios no dejan de hacer lo posible por aportar conveniente remedio ». Esto porque « el fin de la venida del Hijo de Dios al mundo fue acabar con el pecado y ése debe ser también *el fin primordial de la institución de las Escuelas cristianas* » (Med. 202:1).

#### 2. *El sacramento de la reconciliación*

La preocupación manifestada en el Sínodo por cuanto se refiere al sacramento de la reconciliación obedecía a la conocida y lamentada crisis universal que se advierte en la recepción — o no recepción — de este sacramento. Hasta se ha señalado repetidamente durante sus debates — con sinceridad muy estimable — que los sacerdotes se confiesan poco; y no parece que tal aprecia-

ción excluyera en principio a los religiosos en general...

¿En qué situación nos vemos al respecto, individual y comunitariamente? Resulta obvio que la supresión de prescripciones terminantes o reglamentaciones meticulosas respecto a la frecuencia y modo de las confesiones en el pasado no buscaba reducir a casi nula tal asiduidad. El nuevo código es tan sobrio como significativo en lo que dice (canon 664) a este propósito: « Los religiosos insistan en la conversión de su alma a Dios, examinen su conciencia diariamente y acérquense **con frecuencia** al sacramento de la penitencia ».

El interés mayor sea puesto en encontrar las raíces de tan generalizada indiferencia: no se ha atribuido el fenómeno a la sola pereza ni, menos aún, a la mala voluntad. Se ha hablado más bien de que nos encontramos ante un signo evidente de estima generalmente muy disminuída en cuanto al modo como se entiende y se emplea hoy el sacramento.

Creo que la mayor parte de entre nosotros ha seguido con atención las discusiones sobre confesión individual (auricular) y celebraciones comunitarias de la penitencia: sobre las posibilidades, ventajas e inconvenientes de generalizar — o no — la absolución colectiva... ¿Sería éste un caso más en que la curiosidad o expectación por novedades más o menos « revolucionarias » nos distraiga de una reflexión personal del problema y de un necesario esfuerzo por sustituir viejas rutinas enquistadas en la recepción consuetudinaria del sacramento por formas más vivas y dinámicas, en las que se transparenten mejor las notas de un reencuentro, o de un encuentro más íntimo en un

más exigente amor con el « Dios rico en misericordia »? (1)

La lectura reflexiva de tantos buenos estudios dedicados al tema en torno al Sínodo, y sobre todo el análisis cuidadoso del documento papal, que nos dará su más exacto magisterio, ayúdenos a hacer de nuestras más o menos rutinarias confesiones aquella « confessio fidei » (confesión de fe), « confessio laudis » (proclamación de la gloria de Dio), « confessio misericordiae » (acto filial de confianza en la misericordia del Padre), que el Sínodo nos ha encarecido. Y la celebración penitencial comunitaria de la penitencia venga a ser frecuente alimento, y a la vez expresión adecuada, de ese genuino espíritu de fe, de reconciliación y de amor que debe siempre inspirar la recepción del perdón sacramental.

¿Cómo terminar esta rápida alusión a las ricas enseñanzas del Sínodo tocante al sacramento de la penitencia sin citar una tradición gloriosa de Instituto que debemos ahora restaurar y vivificar en acuerdo con la actual renovación? Se ha elogiado frecuentemente el cuidado y acierto de nuestros antecesores en inspirar aprecio a este sacramento a sus discípulos y en adiestrarlos en el mejor modo de acudir a él. Movidos por las orientaciones y alientos del Sínodo en tal sentido, ¿no nos sentiremos llamados ahora a contribuir a una revitalización de la práctica sacramental y a que se supere la crisis que lamentamos con las aportaciones de una bien entendida teología pastoral?

---

(1) Se ha hecho notar que la encíclica de este título (Juan Pablo II, 30.11.1980) es el documento papal que ha sido más citado durante el Sínodo.

### 3. Instrumentos de paz y reconciliación entre los hombres

El cardenal Martini, relator principal del Sínodo, hizo ver en su síntesis de la primera parte de los trabajos la unidad perfecta del tema sinodal, excluyendo dicotomías que aparecían fácilmente desde la misma enunciación de dicho tema. El Sínodo atendía a « las divisiones existentes entre los hombres, a los propósitos de reconciliación en la iglesia, a la insistencia en que se eduque a la virtud de la penitencia, al mayor cuidado en la celebración de este sacramento, etc. Pero todos estos no eran sino aspectos de un mismo y único problema, relativo a la misión de la iglesia que debe anunciar el evangelio de la remisión de los pecados, ya a todos los hombres, ya al cristiano caído en el pecado ».

Los grandes conflictos que enfrentan a los hombres y los conatos por restablecer la paz gravemente alterada captan fácilmente, y obligadamente, nuestra mayor atención. Pero se da el riesgo de olvidar que estos problemas hunden siempre sus raíces en el corazón del hombre, en el propio corazón de cada uno de nosotros. Y que la Palabra de Dios nos llama al arrepentimiento y a la conversión interior como primera contribución a la paz del mundo: « Cambia tu corazón, nos dice con el profeta, busca el perdón y déjate reconciliar con Dios ».

Lo acabo de comentar brevemente. Habremos luego de continuar con el ordenamiento de nuestra personal intimidad, como constante y necesaria premisa que nos disponga mejor a poder ser verdaderamente « instrumentos de la paz de Dios » entre nuestros semejantes.

### 3.1. Reconciliarnos con nosotros mismos para poder reconciliar a otros

He citado antes un texto de los obispos suizos en que recordaban a las comunidades cristianas « la necesidad de aceptar y comprender al prójimo para resultar creíbles en cualquier esfuerzo de reconciliación exterior ».

Habrá que empezar primero por aceptarse y comprenderse a sí mismo. Con nuestras propias cualidades, y también con nuestras propias limitaciones y flaquezas. No se trata, evidentemente, de cualquier aceptación resignada y pasiva que dispense del esfuerzo en superarse. Pero sí de un realismo y de una humildad — « humildad es andar en verdad », escribió Santa Teresa — que no cuenten con « milagros » al no querer aceptar la propia realidad como ella es. Tal vez nos convenga aplicar aquí el buen sentido y hasta la fina, y no habitual ironía con que el Fundador nos comenta el evangelio en su meditación 73 (« Vosotros si no veis milagros y prodigios no creéis »).

Lo precisamos para llegar a una suficiente y necesaria serenidad interior. A un equilibrio que establece la síntesis entre lo que nos proponemos hacer y lo que verdaderamente podremos realizar; entre las diversas aspiraciones que forcejean en nuestra intimidad según varias aspiraciones u objetivos: entre lo que nos reclama una vida de comunidad bien ordenada y las exigencias múltiples de un compromiso apostólico múltiple. Sin tal equilibrio interior no nos sería posible contribuir efectivamente a que el ambiente de nuestras comunidades sea restaurador al mismo tiempo que incitante al servicio, que irradie, como lo quiere nuestra Regla (3 i), « un mensaje de paz y de amor ».

### 3.2. *Conciliar y reconciliar actitudes y criterios*

Nuestra crisis y tensiones íntimas, mal entendidas y reguladas, turban y comprometen frecuentemente la serenidad y armonía que todos debemos instaurar y mantener en la vida comunitaria.

Entiendo que nos convienen también a nosotros los juicios que leía hace unas semanas en un escrito del P. Jetté, Superior General de los Oblatos de María Inmaculada, dirigido a sus religiosos: « En los años siguientes al Concilio, buen número de religiosos se sintieron turbados en su vida personal y en sus convicciones profundas. El cuestionamiento sistemático y los cambios abundantes afectaron seriamente a su vida de oración, a su empeño por la disciplina personal, a sus relaciones con el mundo. En la mayor parte de los casos, los cambios propuestos se han encontrado justificados y aun necesarios para una adecuada renovación de la vida religiosa, después de no pocos tanteos y búsquedas. Pero, desafortunadamente, no pocos religiosos, por cansancio o por falta de diálogo, han permanecido en punto muerto. La primera fase del proceso renovador les llevó a abandonar algunas de sus antiguas actitudes: hoy se encuentran fatigados para embarcarse en la segunda fase, la de integrar su vida en las nuevas perspectivas en cuanto a la oración, a la obediencia, a la confesión sacramental... Les es necesario dar un paso decidido, reconciliarse consigo mismos y con la Iglesia de hoy... ».

Conciliar y reconciliar actitudes y criterios, aceptando a los demás sin dejar de ser uno mismo y sin sacrificar necesariamente fidelidades realmente fundamentales es tarea que entra de lleno en las exigencias de ese « ministerio de

paz y de reconciliación » a que nos invita el Sínodo, es testimonio que no podemos regatear en bien de la caridad y del bien de todos.

#### 3.2.1. *Constante empeño en reconciliar las varias generaciones*

Problema permanente el de colmar el « generation gap », el desfase generacional. Normales distancias, agrandadas por el cambio galopante en ambientes y modos de educación y de costumbres. Normal que tales distancias o diferencias provoquen tensiones, signos de vida y crecimiento... que Dios mantenga y haga crecer en nuestros distritos. Superar sus conflictos es signo de madurez, de control personal de las propias crisis, de la presencia, en fin, del Espíritu que de diferentes culturas y ambientes nos convoca para formar una verdadera familia en Cristo. Las nuevas generaciones y las nuevas culturas que se incorporan y han de seguir incorporándose a nuestra filas no tienen por qué verse innecesariamente cargados con el peso de conflictos y tensiones que turbaron a la comunidad precedentemente, de exigencias que no se corresponden precisamente con lo que pide el Evangelio del Señor o la inspiración genuina del Fundador.

#### 3.2.2. *Compatibilidad de proyectos y planes divergentes*

Una inspiración común, una vocación compartida por muchos, no debe resultar incompatible con iniciativas diversificadas y metodologías pluriformes, que corresponden a personales y legítimos modos de apreciar problemas y soluciones,

a planteamientos divergentes que se presentan en situaciones distintas. A veces, por ejemplo, se exterioriza un dilema artificial, opuesto a la misma inspiración del Fundador: se habla de « optar por la escuela o por los pobres »... Más exacto sería hablar de incompatibilidad entre **cierto tipo de escuela** o de educación menos conforme a lo que La Salle realmente propuso y buscó, o con **ciertas acciones entre los pobres** que no responden propiamente a las notas específicas de nuestra opción colectiva, la educación entendida como promoción integral del hombre, particularmente de los más necesitados. Para ayudarlos a entender y ejercer sus derechos y saber defenderlos (estamos celebrando el 35º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre al enviar a la imprenta esta carta). Es aquí donde el diálogo comunitario, tenazmente abierto a las ideas ajenas para, entre todos, buscar mejor la verdad de nuestra vocación, ha de hacer posible nuestra profunda unidad en la pluralidad de acciones, a diversos niveles.

### 3.2.3. *Conciliación de visiones y mentalidades entre diversas culturas*

A enfrentamientos e imposiciones del pasado sucede hoy el diálogo intercultural, que hace exigencia de primer orden la inculturación o contextualización de toda colaboración misionera. Es riqueza y problema muy de nuestros días, cuando pueblos y culturas secularmente dominados y reducidos a una receptividad pasiva se sienten con legítimo derecho y suficiente capacidad para gestionar y resolver ellos mismos sus propios asuntos. En el campo de la evangelización, más aún que en otros terrenos, el diálogo en plan de igual-

dad se generaliza e impone sus requisitos: el elevado porcentaje de miembros de color en el mismo último Sínodo (32%) y el peso de sus intervenciones ha sido uno de tantas demostraciones elocuentes de lo que hoy representa tal diálogo.

Entre nosotros, dada nuestra repartición en todos los continentes, el problema es también de singular relieve y urgencia. Hemos ido decididamente, y no sin algún riesgo, a invertir de responsabilidades en todos los grados de nuestro gobierno interior a los Hermanos de esos pueblos incorporados en fecha más reciente a las historia del Instituto. Se van superando felizmente las previsibles dificultades de las comunidades interculturales. Pero aún duele, en algún caso, que el proceso no sea bien admitido y asimilado por quienes trabajaron tan generosamente en la primera hora de una expansión misionera impresionante por su eficacia.

Esta conciliación intercultural plantea también problemas delicados de comprensión y aceptación en países del occidente desarrollado, por las masas crecientes de inmigrantes que a ellos continúan viniendo en busca de paz y de trabajo. En todos nosotros debe ser cada vez más profunda y activa la preocupación por un acercamiento a estas necesidades, dentro de esa misión de paz y reconciliación humana que venimos analizando rápidamente. Nuestras escuelas cristianas lo son en la medida en que muestran esta sensibilidad, tanto misionando en culturas extrañas como cuando hijos de aquellas culturas se insertan y piden un puesto en la nuestra.

### 3.2.4. *Por una paz ecuménica, sin falsos irenismos*

Sin pretender hacer harto considerable la lista, de por sí tan nutrida, de situaciones que buscan reconciliadores, aludiré al menos al desafío ecuménico, al diálogo entre las religiones como invitación a concretos compromisos en bien de la paz.

Tenemos conciencia de la actual visión eclesial de un nuevo modo de relaciones, que constituyen igualmente una reconciliación evangélica y un nuevo esfuerzo por preparar el mejor cumplimiento del supremo deseo de Cristo: « Que todos sean uno... ». En estos días en que concluyo la presenta carta, el Papa se prepara para participar personalmente en un oficio religioso en la iglesia luterana de Roma, en el centenario de Martín Lutero. La rehabilitación histórica de Lutero ha sorprendido a muchos por los aspectos mal conocidos o falsamente interpretados en nuestros manuales de historia eclesiástica. Esta corrección en bien de la justicia y de la verdad viene a ser un signo más y un ejemplo dado desde la cumbre de la Iglesia: más que sorprendernos, debe convocarnos a cambiar ciertas actitudes y entrar con más decisión y mejor conocimiento en el diálogo ecuménico. Sin precipitaciones inconsideradas de falsos irenismos, pero buscando « en Iglesia » lo que puede arrumbar obstáculos e incomprendimientos amontonados durante siglos y ponernos en búsqueda sincera de la verdad del mensaje cristiano. Tiene esto particular importancia para los Hermanos que desarrollan su labor en países de mayoría perteneciente a otras confesiones: renuévese en ellos la conciencia de que con una obra educativa bien llevada pueden y deben preparar los caminos a un más sincero ecumenismo en las generaciones nuevas, más abiertas a la superación de viejos prejuicios y menos

ligadas por intereses o vinculaciones que estorban la deseada unidad. Como podemos hacer tanto en países de diversas religiones, para ayudar a quienes creen en Dios y lo buscan por diversos caminos, aun sin conocer el enseñado por Cristo en su Evangelio, a que su fe respectiva abra el camino al amor. ¡Es tan triste que la creencia religiosa transformada en fanatismo haya sido — y sea hoy — aliciente y combustible de tantas y tan encarnizadas batallas!

\* \* \*

Estas sencillas reflexiones en torno al tema del Sínodo no han pretendido ser sino una invitación a estudiar, meditar y actuar juntos lo que la asamblea episcopal nos viene a recordar dentro de la misión de la Iglesia, y en cuanto incide directamente en el sentido actual de nuestra vocación.

Quisieran valer particularmente como recomendación insistente para que el documento papal que nos ha de dar la más auténtica interpretación del Sínodo sea acogido por todos nosotros con aquella « atención sin límites » que San Juan Bautista de La Salle nos encarece como actitud sincera al recibir « algo que proceda del Papa » (Med. 106:2). Y que tal actitud sea más sentida aún al referirse a un tema que ha merecido especilísima atención por parte de la Iglesia y ha sido tan cuidadosamente tratado en el proceso sinodal.

La enumeración rápida, la visión panorámica de tantos objetivos como se ofrecen a nuestra consideración y a nuestro compromiso, no nos lleve a una dispersión de atención, factor de ineficiencia y falta de realismo. He tratado no tanto de enunciar un recuento de posibles empeños

cuanto de señalar la riqueza de aspectos que un tema a primera vista menos sugerente nos ofrece. El mensaje medular del Sínodo es la llamada a la renovación en el sacramento de la penitencia y en el espíritu de penitencia, ambos afectados de una crisis generalizada; en el espíritu de reconciliación, de paz, de amor y de aceptación recíprocos, que la Iglesia quiere promover y mantener entre los hombres en cumplimiento de su misión. Una inmensa y apasionante tarea en que La Salle nos quiere comprometidos, por nuestra condición de « ministros de la Iglesia », « enviados por Cristo a anunciar tan buenas nuevas ».

Al firmar y datar esta carta en la fiesta de la Inmaculada Concepción, hago mía la invocación que Juan Pablo II acaba de hacer ante el monumento de la Plaza de España: « Interviene, oh María, y habla con voz persuasiva de Madre a los que deciden la suerte de los pueblos... Convence a los hombres en armas para que acojan la invocación de paz de las poblaciones martirizadas e indefensas... Reaviva en el corazón de todos el sentido de humana solidaridad... ».

Que así sea y a ello contribuyamos nosotros durante el año que se abre con la Jornada de la paz. Que en él seamos factores eficaces de reconciliación en nosotros mismos, en nuestras comunidades, en torno nuestro, en todo el mundo.

Con este deseo y con esta súplica concluyo, reiterándome cordialmente servidor y hermano

A handwritten signature in black ink, reading "H. José Pablo". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal line extending from the end of the name.